

LOS TESOROS ESCONDIDOS DE LAS ISLAS GALAPAGOS

Por: Octavio Latorre

Las historias y leyendas sobre tesoros abandonados en las islas han aumentado con los años y pocos son los colonos que dudan de su existencia. Por lo mismo, los buscadores de tesoros aparecen de tiempo en tiempo para rastrear sigilosamente ciertas zonas, armados de viejos mapas y documentos encontrados, según dicen, en algún archivo.

¿Cuántos han dado con tales tesoros? Nadie lo sabe; aunque la salida repentina de algunos colonos de las islas ha sido atribuida a algún hallazgo misterioso que les permitiría gozar de una nueva vida en el continente.

Las narraciones que vienen a continuación, según los buscadores de tesoros “son verídicas”, aunque quedan dudas sobre su existencia. Juzgue el lector si vale la pena gastar una fortuna en buscar los tesoros dejados en las soledades de Galápagos.

I. LOS TESOROS DE LOS PIRATAS

Numerosas expediciones de piratas y corsarios llegaron a las islas en los Siglos XVII y XVIII, luego de atacar el comercio español del Pacífico. El sueño de tales aventureros era dar con los barcos que llevaban los tesoros de Potosí, Callao y Guayaquil rumbo a Panamá y España. Cuando no podían dar con los galeones del virreynato, atacaban a barcos mercantes y a las ciudades de la costa, con la esperanza de encontrar riquezas o forzar a las familias poderosas el pago de grandes cantidades para rescatar a los rehenes.

Galápagos se convirtió pronto en el refugio ideal de los cansados piratas, pues allí encontraban un escondite seguro para reparar sus naves, curar enfermos, repartirse los tesoros y acumular alimentos (sobre todo tortugas) para las próximas travesías.

Un caso típico fue la expedición en 1684 de Edward Cook. Recorrieron las costas del norte del Perú donde capturaron tres naves mercantes, pero el cargamento que llevaban no les hizo particularmente felices. La primera llevaba regalos del Virrey de Lima para el Gobernador de Panamá: una gigantesca estatua de la Virgen, una mula y otros objetos; otra, varios cientos de sacos de harina; y la última una cantidad igual de cántaros llenos con mermelada de membrillo. La frustración aumentó cuando se enteraron por los marineros

capturados, que habían estado muy cerca de capturar una nave cargada con 800.000 piezas de plata de a ocho, que habían sido desembarcadas el día anterior cuando llegaron los rumores de la presencia de los piratas.

Se retiraron a Galápagos donde se deshicieron de tanto cántaro, escondieron los sacos de harina y luego de cargar tortugas, se dirigieron a Panamá, de donde regresaron algunas semanas más tarde para recoger los sacos de harina (algunos habían sido ya comidos por los pájaros) y más tortugas, antes de alejarse definitivamente hacia el Caribe y Europa.

Este es quizá el único caso conocido de que los piratas hayan dejado algo en las islas. Varias expediciones capturaron valiosos tesoros, pero es dudoso que los hayan dejado sin protección. El dinero y las joyas solían repartirse entre toda la tripulación de varios cientos de hombres, y cada uno guardaba su parte en pequeñas fundas que colgaban del cuello. Solamente se conoce de un caso de piratas que llevaban grandes lingotes de plata y tuvieron que abandonarlos en Nicaragua cuando eran perseguidos por los soldados españoles.

Las leyendas de los tesoros de los piratas no son las únicas ni siquiera las más “doradas”; las más deslumbrantes son las del Siglo XIX, como vamos a ver.

II. LA LEYENDA DE LA 'MADONNA DE ORO', 1821(?)

Hace algunos años llegaron muy calladamente a las islas varios buscadores de tesoros con viejos mapas en sus manos, revisaron playas y caletas en busca del más fabuloso tesoro, cuya pieza principal era una estatua de la Virgen... de joro sólido!

Corrían los confusos años de la independencia americana, probablemente entre los años de 1821 y 1842. Lima y la fortaleza del Callao seguían en manos de los españoles, quienes consideraban a los patriotas como "insurgentes", enemigos del orden como también de la religión. Cundió el pánico cuando se enteraron de la próxima llegada de los mestizos seguidores de Simón Bolívar que arrasaría con todo lo sagrado. Era necesario tomar medidas para proteger los tesoros, sobre todo los religiosos, hasta cuando se restableciese el orden o hasta que pudieran llevarlos con seguridad a España.

En el Puerto de Callao estaba anclada una nave inglesa, la *Mary Dear* del Capitán Jack Thompson que había hecho fortuna comerciando con los dos bandos en lucha. Las autoridades virreynales tenían mucha confianza en aquel protestante inglés y creyeron que era el mejor medio para poner a buen recaudo tan preciados tesoros. El plan era simple: embarcarían todo en la *Mary Dear* al cuidado de un grupo de personajes de la ciudad y de un obispo, y se dirigirían lentamente hacia el sur a vista de la costa para engañar a los espías de los insurgentes. En la cuarta noche, regresarían rápidamente al Callao, descargarían los tesoros y la nave se dirigiría hacia alta mar.

Todo resultó bien hasta la cuarta noche. El capitán y su tripulación no podían dejar escapar algo que no habían visto ni en sueños. Se revelaron, lanzaron a los españoles al mar y se internaron en el océano, camino de unas islas, ¿hacia Galápagos? Cuando terminaban de ocultar los tesoros, cayeron sobre ellos otros corsarios (¿o los españoles?) y fueron asesinados casi todos.

El Capitán Thompson, luego de una larga travesía por los mares del mundo, fue liberado y terminó en Newfoundland (Canadá). Pobre, enfermo y sin posibilidades de organizar una expedición para recobrar su tesoro, encontró refugio en la casa de un pescador de nombre John Keating. Allí vivió por varios años, ahogando sus recuerdos y mala fortuna con botellas de ron. Antes de morir y en agradecimiento por la hospitalidad, entregó a su protector una carta y un mapa que de seguro le guiarían a la 'Madonna de Oro'.

En 1846, John Keating logró convencer a un comerciante del lugar para organizar un viaje a la isla del tesoro. Un año más tarde, Keating fue acusado de haber dado muerte al comerciante durante el viaje de regreso. Un jurado lo absolvió porque no había pruebas concluyentes, pero la opinión pública no dudaba en condenarle por la sencilla razón de que se había hecho rico misteriosamente.

La leyenda de la 'Madonna de Oro' renació en la década de 1930 cuando un tal Venton reveló en la ciudad de San Francisco, la existencia de la famosa estatua y del lugar donde debía estar: en la Isla de Cocos o en Galápagos. El valor de la estatua se calculaba nada menos que en ¡quinientos millones de dólares!

Las expediciones no tardaron en llegar primero a la Isla de Cocos y luego a Galápagos. Muchos recodos fueron explorados minuciosamente. ¿Encontraron algo?, probablemente nada, pues la búsqueda continúa.

Hace pocos años un periodista alemán, Günther Seuren que recogía datos para un libro sobre estos temas, decidió conocer la historia más de cerca. Viajó de Múnich a Galápagos y se puso en contacto con algunos buscadores de tesoros que se habían quedado en las islas: Rolf Sievers y Robert Schiess.. Recorrieron muchos rincones, pero lo único que encontraron fue un viejo cántaro y un sable (¿de los piratas?). Se enteró, en cambio, de más historias interesantes de las islas, antiguas y recientes, como de la baronesa desaparecida en Floreana en 1934, y

de otros personajes que vivían en esos reductos y de los que se podía escribir novelas más curiosas que la de Robinson Crusoe.

III. UNA HISTORIA REAL: EL TESORO DEL WASHINGTON. 1845

No todas las historias están basadas en relatos legendarios o en conversaciones en bares, donde la imaginación exhaltada por el alcohol, añade detalles fabulosos para deslumbrar a sus oyentes. La siguiente historia se basa en un largo juicio que puede ser consultado en varios archivos ecuatorianos.

El velero *Washington* zarpó del Callao el 18 de mayo de 1845 rumbo a Liverpool con un riquísimo cargamento de plata no elaborada y otros metales y piedras preciosas. A los pocos días se produjo un motín a bordo, los marineros mataron al capitán, su hijo y ocho oficiales, y se dirigieron a Galápagos donde pensaban repartirse el botín. Los desacuerdos entre los amotinados causaron la muerte de un marinero y un niño. Ocultaron en las islas el pesado cargamento, unas gigantescas bolas de plata, luego de hundir el barco para borrar las huellas. Llegaron a la costa de Salango en el continente, enterraron los objetos pesados que podían resultar sospechosos y todos desaparecieron por donde pudieron, pues ya la Marina peruana había dado la voz de alarma sobre la desaparición del *Washington*. Entre los amotinados estaban un portugués, un escocés y dos norteamericanos, Robert Adams y Thomas Rosell (un negro) que se quedaron por las costas de Manta. Compraron juntos un pequeño barco, el *Juanita*, y se dirigieron a Galápagos de donde trajeron seguramente parte del tesoro, aunque nunca se aclaró. Recalaron en Atacames, cargaron el barco con fruta y se presentaron en Manta. Como los papeles de navegación no estaban en regla, el barco fue embargado y vendido por el Capitán de Puerto, quien luego tuvo que devolver el dinero por no haber seguido las normas legales para tales casos. La Marina ecuatoriana, a pedido de la del Perú, rastreó a los asesinos y pronto dieron con los norteamericanos pues muchos les habían visto a bordo del *Washington*.

En este momento apareció otro personaje siniestro, el tristemente famoso tirano de Floreana, James Williams, que luego de huir de la isla por el levantamiento de los trabajadores en 1841, se había establecido en Manta. Al conocer la identidad del negro Rosell, le ofreció protección y ayuda para regresar a Boston si le decía dónde estaba el tesoro del *Washington*. Juntos viajaron a Galápagos: en la Isla Santa Cruz cargaron 400 galones de aceite de tortuga por cuenta de Martín Villamil, sobrino del colonizador y luego se dirigieron a Floreana. Nunca se supo lo que cargaron, aunque un barco de la Marina ecuatoriana encontró rastros de su paso, pero no les dieron alcance sino en el continente, pero ya cuando habían tenido tiempo de ocultar lo que habían llevado de las islas.

Williams, Adams y Rosell fueron capturados y sometidos a juicio, pero la falta de pruebas claras impidió esclarecer el asunto. De algunas declaraciones se supo solamente que las cosas dejadas en Salango habían desaparecido. Los objetos traídos por Williams y Rosell no aparecieron y ellos nunca revelaron nada. Algunos testigos declararon que vieron varias veces a Williams limpiar cuidadosamente una gran cuchara de plata y, cuando le preguntaban dónde la había conseguido, siempre respondía "no me acuerdo". Por muchos años la gente siguió preguntándose, ¿dónde está el tesoro del *Washington*?

IV. DOS BUSCADORES: ITHURBURU Y LEWIS

Los relatos de los tesoros ocultos en Galápagos se regaron muy pronto y detrás vinieron los buscadores y aventureros. El primero en rastrear sistemáticamente varias islas fue un vasco francés de nombre León Ithurburu que había llegado a Guayaquil hacia 1820 y, había hecho fortuna vendiendo armas a los ejércitos de la independencia. En 1860, recibió de Villamil parte de la Isla Floreana como parte de pago de una deudas y se dedicó a buscar tesoros. Trasladó ciertos equipos llamados "neumáticos" para buscar objetos en el fondo del mar. Dos años más tarde, aquellos equipos estaban de venta en Guayaquil. Ithurburu al

morir dejó sus derechos sobre la isla a la Oficina de Beneficencia de Bacus, su pueblo natal en los Pirineos Franceses. Este asunto se convirtió en un problema internacional, cuando Francia quiso hacer valer los derechos de sus súbditos para reclamar la isla. La situación estratégica del archipiélago para la defensa del Canal de Panamá, despertaba las ambiciones de las grandes potencias. Los reclamos de Francia no terminaron sino en 1951 cuando renunció a sus supuestos derechos. El mundo se privó así de visitar un curioso enclave vasco en las Islas Galápagos.

Unos pocos años más tarde apareció el inglés Thomas Lewis (deformado por los isleños a Levick) a trabajar para Valdizán en la Isla Floreana. Muerto Valdizán pasó a trabajar con Manuel J. Cobos en San Cristóbal, pero pronto se convirtió en buscador de tesoros. Un día salió de la isla y no regresó sino una semana después con un gran baúl. Según los isleños, había descubierto un tesoro y desde entonces Lewis vivió en el puerto de la isla casado con una mulata y frecuentemente borracho, gracias a los finos licores importados de Europa. En las décadas posteriores fue conocido como un gran buscador de tesoros.

La escritora francesa Paulette de Rendón, esposa del pintor guayaquileño Manuel Rendón, visitó las islas en 1938 y encontró frescas las memorias sobre Lewis y los tesoros supuestamente hallados en Floreana. ¿Qué hay de cierto?, nunca lo sabremos.

V. EL NAUFRAGIO DEL *ALEXANDER*. 1907

Uno de los pocos tesoros que debe estar todavía en algún lugar de la Isla Santa Cruz, fue dejado por el Capitán Emil Petersen luego del naufragio del velero noruego *Alexander* en 1907.

Habían zarpado de Newcastle, Australia, a finales de 1906 con dos mil toneladas de carbón, rumbo a Panamá. El capitán conocía muy bien estas rutas y nunca había tenido problemas pero siempre tomaba precauciones extras. Al oeste de las Galápagos quedaron sin viento y a merced

de las corrientes marinas. La situación se volvió angustiada, por lo que la tripulación obligó al capitán a buscar refugio en las islas. Anclaron efectivamente frente a Caleta Iguana al SO de Isabela y se lanzaron al mar en dos botes, el primero se dirigió a Floreana pero, como no encontraron a nadie siguieron a San Cristóbal; el segundo, con el capitán se desvió hacia la costa oeste de Santa Cruz. Los primeros llegaron penosamente a la capital del archipiélago donde recibieron toda clase de ayuda. El escritor ambateño Nicolás Martínez, que pasaba una temporada en las islas, pudo hablar con los naufragos antes de que el bote del capitán tocara tierra en Santa Cruz, y todos se lanzaron a explorar el sector en busca de agua y algún asentamiento humano. Cuando regresaron a la playa sólo encontraron los restos destrozados del bote, pues la marea lo había estrellado contra los acantilados. Pudieron sobrevivir varios meses alimentándose de tortugas y pescado. Dos tripulantes murieron: uno de disentería y otro ahogado al intentar cruzar el brazo de mar. Cierta día el Capitán Petersen trataba de liberarse de un cinturón que le molestaba. A los ojos de todos aparecieron seiscientas libras esterlinas que guardaba para emergencias de su buque. Dejó el tesoro en un pequeño promontorio, cubierto de unas pocas piedras.

En los meses siguientes en vano buscaron contacto con algunos isleños, pese a que una expedición científica trabajaba al otro lado de la isla.

Dos expediciones salieron de Guayaquil, la una para recuperar el cargamento del velero y la otra para rescatar a los naufragos. La primera, formada por comerciantes de Guayaquil, encontró el velero semihundido con los mástiles y la bandera de Noruega fuera del agua. La segunda encontró al grupo en harapos, pero con buena salud, que no esperó a que se detuviera para lanzarse al agua y alcanzar la nave. Regresaron a Guayaquil y cuando entraban en el golfo, alguien gritó: "las seiscientas libras esterlinas". Nadie pensó en volver... y allí se quedaron y deben seguir hasta el día de hoy.

Para encontrarlas sólo tiene que recorrer un poco más de diez kilómetros, siguiendo la playa

y los acantilados. No son muchos kilómetros para un decidido buscador de tesoros.

VI. EL TESORO DE LA BARONESA.

1934

Una pequeña colonia alemana se formó en la Isla Floreana entre 1929 y 1934. Fueron los primeros dos amantes, Dr. Ritter y Dore Strauch; luego llegó la familia Wittmer (Heinz, Margret y el joven Harris), originarios de Colonia; finalmente hicieron su aparición la Baronesa Wagner con tres amantes: Lorenz, Phillipson y Valdivieso, venían huyendo de París luego de una quiebra fraudulenta.

La baronesa era una mujer muy conflictiva y desde el primer momento quiso imponer sus caprichos. Pronto la tranquila isla se convirtió en un infierno. Lorenz que había sido el amante predilecto cayó en desgracia, y como ángel caído se convirtió en víctima de la infame mujer y de Phillipson, el amante de turno.

En marzo de 1934 desaparecieron la baronesa y Phillipson y, aunque Margret Wittmer aseguraba que habían salido de la isla en un yate, nadie ha creído su historia. Todas las investigaciones han llegado a la misma conclusión: los dos desaparecidos nunca dejaron la isla y de seguro murieron a manos de Lorenz, quizá con ayuda del Dr. Ritter.

Lorenz a su vez desapareció meses más tarde, cuando regresaba a la Isla San Cristóbal rumbo a Guayaquil y Alemania. En diciembre del mismo año los cuerpos de Lorenz y del noruego Nuggerud (dueño del bote *Dinamita* en que viajaban) fueron encontrados en la Isla Marchena. El bote probablemente quedó sin combustible y fue arrastrado por la corriente hacia el norte. Los encontró el Capitán Borthen del atunero *Santa Amaro* de California. Según contaba, junto a los cuerpos estaban regadas las cartas y otras cosas que llevaban, pero nada más. ¿Dónde quedaron la maleta y el dinero de la baronesa?. Según los cálculos más bajos, el capital debía pasar de los ¡doscientos mil dólares!

La opinión más difundida en las islas es que el mismo Capitán Borthen lo aprovechó, pues poco después abandonó su barco y se dedicó a viajar. Si la maleta no fue encontrada, debe estar escondida entre la maleza de la isla o enterrada en la arena. ¡Doscientos mil dólares y los recuerdos de la baronesa, un buen motivo para recorrer esta isla desierta!

VII. CONCLUSION

Los buscadores de tesoros seguirán llegando a las islas con viejos documentos y mapas para recorrer los remotos rincones en busca de increíbles objetos de oro y plata y de piedras preciosas, las supuestas joyas de los piratas, la Madonna de oro, las bolas de plata del *Washington*, las libras esterlinas del *Alexander*, el dinero de la baronesa y muchos más. Los colonos darán innumerables detalles adicionales sobre cómo dar con los ansiados tesoros y hasta se ofrecerán a guiar a las misteriosas playas o cuevas, a cambio de una buena paga. La mayor parte o todos regresarán con las manos vacías.

La única persona que ha sacado provecho de tales leyendas y de la ingenuidad de la gente fue un tal Alvarado que vivió muy cómodamente en la Isla Isabela en la década de 1930, con las donaciones de los interesados en acompañarle un día a los ansiados tesoros. Su poder de convicción era grande y muchos estaban seguros de que el Sr. Alvarado conocía el sitio y querían estar con él cuando llegara el gran momento.

Paulette de Rendón en su visita a las islas en 1938 nos ha dejado un delicioso relato de este inteligente hombre:

Pretendía conocer su emplazamiento (de los tesoros), logrando convencer de ello a montones de gentes. Todos lo solicitaban tratando de ganar su confianza y de asociarse a él en la expedición de búsqueda, más él postergaba siempre para más tarde, por diferentes motivos, y vivió toda su vida de los obsequios de sus interesados amigos.

Echado indolentemente en la hamaca, recibía el regalo diciendo a su mujer, en presencia del donante deslumbrado: 'pon en la lista, un sombrero lleno de onzas de oro para este señor'.

El sueño de conocer el dorado seguirá enloqueciendo a media humanidad, mientras la otra mitad se reirá de aquella.

BIBLIOGRAFIA

- Beebe, Walter. 1924. Galápagos: World's End. 295-308.
- Latorre, Octavio. 1992. La Maldición de la Tortuga: Historias Trágicas de Galápagos, 2a. edición.
- Rendón, Paulette de. Galápagos: Las Ultimas Islas Encatadas. Varias ediciones.
- Suren, Gunther. 1990. Schanze, Dieser Erde, Abenteuer, Gluck und Gold.
- Octavio Latorre, Fundación Charles Darwin, Casilla 17-01-3891, Quito, Ecuador.**

